

CARTOGRAFÍAS

Enrique Gómez Carrillo

LA RUSIA  
ACTUAL

*PRÓLOGO DE ERNESTO LUMBRERAS*

Cuando un poeta tiene un sueño de libertad, de dicha nacional, de ventura piadosa, ve a lo lejos, en una bruma helada, a una mujer que poniéndose el índice sobre los labios lo obliga a callar. Es la imagen de Siberia.

En 1905, Enrique Gómez Carrillo (1873-1927) emprendió un viaje para realizar un reportaje sobre la situación socio-política en Rusia. El tema era extremadamente actual: no sólo por la fascinación de la época hacia lo exótico y el auge de los relatos de viaje que ocupaban un lugar privilegiado en los periódicos de finales del siglo XIX, también porque el país estaba viviendo un momento crítico: la guerra contra Japón y la multiplicación de huelgas, disturbios y levantamientos militares que confluyeron en la masacre obrera del Domingo Rojo en San Petersburgo. Gómez Carrillo, autor prolífico guatemalteco, conocido como el Príncipe de los Cronistas (escribió más de ochenta y siete títulos, entre novelas y ensayos, y más de tres mil crónicas), se sumergió en la terrible realidad del régimen del zar Nicolás II y recogió sus impresiones en esta obra: una crónica cruda y desoladora de la Rusia prerrevolucionaria. En ella efectúa una descripción desgarradora del país y de las instituciones que lo regían: el zar y su Corte, el clero ortodoxo, los movimientos de los obreros y estudiantes, la discriminación de armenios y judíos. Sus impresiones de viaje muestran una innegable rigurosidad periodística. Si Gómez Carrillo tuvo fama de aventurero, frívolo, bohemio y egocéntrico, con esta obra confirma que fue, además, un escritor comprometido que supo erigirse como una figura insoslayable de la crónica y la literatura de principios del siglo XX, impulsando la nueva estética vanguardista de la época.

## Índice de contenido

Cubierta

La Rusia actual

Enrique Gómez Carrillo, salido del limbo, por Ernesto Lumbreras

El zar que tiembla

Los grandes duques

Devociones rusas

El gran inquisidor

Gapón y sus aventuras

Los estudiantes

Los obreros

Los campesinos

La prensa

El Partido Socialista ruso

La elocuencia de los números

Los armenios

Los judíos

Por la constitución

Paisajes rusos

Prólogo a la edición de 1906

Sobre el autor

Sobre el autor

Notas

# Enrique Gómez Carrillo, salido del limbo

*Ernesto Lumbreras*

En vida se le reconoció como el Príncipe de los Cronistas, amigo de Oscar Wilde, Maurice Maeterlinck y Gabriele D'Annunzio, bohemio del París más parisino, es decir, del más decadente y exquisito, el que provocaba migraña y sarpullido a don Miguel de Unamuno. Por un error de cartógrafos, nació un 27 de febrero de 1873 en la ciudad de Guatemala, la que abandonaría muy pronto, apenas un político —el presidente de la República, el general Manuel Lisandro Barillas— reconoció en su pluma atributos no aptos para el clima del trópico: curiosidad de sátiro, disciplina prusiana y elegancia de lord; con un empujón emocional de Rubén Darío, el mandatario estampó su firma en un decreto y ordenó a su ministro de Hacienda concederle una beca para sus estudios en España. Con apenas 18 años, se aburría muy pronto del ajo, de la guitarra estridente y de las tertulias de la condesa Pardo Bazán, y marchó con su música y sus apetencias hacia el norte, sabedor de que en la capital francesa se celebraban los esponsales del ajenjo y la poesía.

Aprendió sus primeras lecciones de periodista en *El Correo de la Tarde*, de su ciudad natal, bajo la mirada socrática, la querencia francófila y el estímulo musical del poeta nicaragüense, ya famoso tras la publicación de *Azul...* (1888, 1890). Debido al hostigamiento escolar que lo fastidió con pobre ingenio al llamarlo «comestible», borró el apellido materno, Tibie, de prosapia belga, y firmó su primer libro, *Esquisses* (1892) —publicado en Madrid y con dedicatoria al autor de *Pepita Jiménez*—, con el nombre de Enrique Gómez Carrillo; sin embargo, años más tarde, sin burlas ni veras de por medio, redujo su vocativo de pila a la sola inicial —la E blanca de Rimbaud—, la que acompañaría de forma capitular los dos apellidos heredados del padre. Pese a esas reconfiguraciones y recortes en sus tarjetas de

presentación, y en las portadas de sus libros, uno de sus tantos detractores, echándole en cara sus inmoralidades para atraerse dineros de las arcas públicas de Guatemala, le espetó esta frase: «Gómez con los dos Carrillos llenos».

Antes de Rubén Darío, con quien mantuvo una relación ambivalente de admiración y celos, de complicidad y deslealtades, E. Gómez Carrillo fue el culpable de la idealización del artista latinoamericano en París. Mientras muchos escritores y artistas hispanoamericanos —eso dice la leyenda—, apenas salían de la estación de Saint-Lazare o la de Saint-Nazaire, en lugar de preguntar cómo se llegaba a la Tour Eiffel, lo primero que hacían era informarse dónde vivía el gran Darío; por otra parte, literatos, músicos y pintores, pero también estudiantes de leyes, arquitectura o medicina, viajaban a la antigua Lutecia con sólo una prohibición: abstenerse de buscar al degenerado de Gómez Carrillo a riesgo de perder la mesada o la beca. Un joven alumno de medicina, Luis Cardoza y Aragón, desatendió tal advertencia y procuró la compañía y el consejo durante los últimos años de vida del célebre cronista; en cierto modo, entre los dos escritores se generó una relación de discípulo y maestro, reconocida en la dedicatoria de los primeros libros de poemas del prospecto de bardo, *Luna Park* (1923) y *Maelstrom* (1926). Una década después, la admiración se trocaría en crítica acérrima; el poeta de *Pequeña sinfonía del Nuevo Mundo* (1948), iniciado en el realismo socialista, se convertiría en el detractor número uno del dandi guatemalteco al que consideró un descastado y sin genio, prosista vacuo y cínico, «finisecular, con un no sé qué de fanfarrón mosquetero farsante, mentía por provocación, por escandaloso y por afán de publicidad».

En otros renglones de sus memorias, *El río. Novelas de caballería*, Cardoza vuelve a la carga contra su antiguo mentor: «Fue muy inteligente, dotado para la sutileza, para la espuma. ¿Está inmortalmente olvidado?». El descastado Gómez Carrillo murió con nacionalidad argentina y sus res-

tos yacen bajo una losa en el cementerio de Père-Lachaise. Por supuesto, el cronista de *La Rusia actual* (1906) aceptaba, con la piel gruesa curtida en las redacciones y en la bohemia, que su estilo literario convocaba sin maniqueísmo a lo impúdico y superficial; declaraba, por ejemplo, «no busco en mis libros de viaje el alma de los países que me interesan. Lo que busco es algo más frívolo, más sutil, más positivo: la sensación». Benito Pérez Galdós afirmó que en Europa pocos igualan a E. Gómez Carrillo y ninguno lo supera. En la España de las primeras tres décadas del siglo XX creó escuela y moda en el periodismo, con sus reportajes en los frentes de combate de la Gran Guerra, sus entrevistas a los intelectuales y artistas más sobresalientes de Europa y sus crónicas de viajes sobre diversas regiones del mundo. Estas últimas colaboraciones, todavía en esa época, revestían cierto aire de exotismo y sensualidad; tal vez por ese deambular miliunanochesco se le conoció erráticamente como el Loti español. Entre 1899 y 1920 publicó en *El Liberal* de Madrid 2667 crónicas y artículos y en el *ABC*, durante el periodo de 1921 a 1927, dio a conocer 570 entregas de géneros periodísticos diversos. Con mayor fortuna que Manuel Gutiérrez Nájera o José Martí, galeotes de las mesas de redacción de los diarios, el chapín supo vivir de su pluma con algo más que decoro.

Fue activo y muy cercano colaborador de *La Nación* y de *La Razón* de Buenos Aires así como del *Diario de la Marina* de La Habana y de publicaciones periódicas madrileñas como *Blanco y Negro*, *La Esfera*, *Electra*, *Pluma y Lápiz*. Dominaba la lengua gala, en *sensu stricto*, su lengua materna; sin embargo, el renegado guatemalteco nunca se atrevió a escribir en francés a pesar del ofrecimiento de una columna en periódicos y revistas de renombre como *Mercure de France*; en una carta al filólogo español Julio Cegador y Frauca confiesa dicho pesar: «He pasado aquí la mitad de mi vida y no escribo en francés». Más allá de esa limitación, el más afrancesado de los escritores centroamericanos fue

traductor y divulgador constante de la literatura gala, desde la casa Garnier Hermanos y de los numerosos espacios periodísticos que estuvieron a su alcance. Siempre estuvo al día de las modas y de los ismos. Curioso irredento, fue testigo presencial de los movimientos telúricos que pusieron en entredicho la tradición y el canon decimonónico del arte europeo; en ese papel, llegado el momento, fue impulsor y puente de la nueva estética vanguardista en España y de la América española. Aunque claro, en cumplimiento de su libreto de aguafiestas y descastado, cuando se dio el debate sobre la paternidad del creacionismo entre Huidobro y Reverdy inclinó su voto por el segundo; en contrapartida a tal deslealtad hispanoamericana, publicó en la elegantísima *Cosmópolis* —núm. 34, octubre de 1921—, dirigida por él, un poema titulado «Esas rosas eléctricas», de un jovencísimo poeta mexicano llamado Manuel Maples Arce que ya velaba armas para lanzar el primer manifiesto estridentista en diciembre de ese mismo año.

Aunque padeció penurias en sus primeras andanzas, la flexibilidad moral de Gómez Carrillo fue de gran utilidad a la hora de subastar su talento de «publicista en Europa» al mejor postor del solar patrio y de otros lares. Contó con la buena estrella de colaborar en la campaña política de 1898 que llevaría a la presidencia de su país a Manuel Estrada Cabrera —el modelo histórico de *El Señor Presidente* (1946) de Miguel Ángel Asturias—, con lo cual ganaría cargos y misiones en el Viejo Continente a lo largo de más de 20 años de gobierno del temible dictador; uno de sus libros de viaje de mayor mérito y celebración, *El alma japonesa* (1907), contiene esta dedicatoria que lo retrata de cuerpo entero: «Al presidente Estrada Cabrera que ha sabido hacer del culto de la enseñanza popular una religión moderna, dedica este libro su amigo y admirador. EGC». Entre 1919 y 1921, publicó y corrigió en vida sus obras (in)completas, en Madrid, en XXVII tomos, bajo el sello editorial Mundo Latino, con gran distribución en Hispanoamé-

rica, volúmenes que con un poco de fortuna todavía es dable encontrar en librerías de viejo de la Ciudad de México.

De tan vasto catálogo quedan para el olvido sus novelas pecaminosas y sus ensayos de corte sociológico, y aquellos donde se asumía como un crítico de arte y de literatura llevado por sus corazonadas e impresiones. Entre las primeras, *Tres novelas inmorales: Del amor, del dolor y del vicio* (1898) desde el solo título ya desvelaba el afán de provocar con gratuidad a sacristanes y señoritas. En el rubro de la reflexión y el análisis sucumbía a la anécdota y a la glosa, defectos que para Pedro Henríquez Ureña —al comentar *La Grecia eterna* (1908) de Gómez Carrillo— resultaban un «prodigio acrobático de la inconsciencia intelectual», al menos como riesgo cuando se abusaba del recurso; sin embargo, al crítico dominicano dicha pieza, a caballo entre la crónica y el ensayo, no le resultó «un libro pedante ni un libro irrespetuoso», incluso agrega a su reseña puntillosa que el pasaje titulado «El palacio de Orestes» lo encuentra «magistralmente escrito, vívidamente compuesto e iluminado con colores inagotables que ofrece el lenguaje de Esquilo y Sófocles, aunque sea pálido el final, la modernización del hijo de Clitemnestra: este cuadro vale por sí solo más que el conjunto de todo lo restante».

En el territorio del reportaje de viaje y de la crónica citadina, en cambio, hasta los colegas y críticos más exigentes manifestaron reconocimiento y fascinación por obras como *La Rusia actual, De Marsella a Tokio* (1906), *El alma japonesa* (1907), *El Japón heroico y galante* (1912), *Romerías* (1913), *En el corazón de la tragedia* (1917) o *El encanto de Buenos Aires* (1921). En las citadas *Obras Completas* de E. Gómez Carrillo se reunieron, en cinco volúmenes, sus magistrales y desinhibidas crónicas, escritas con una prosa ágil, fresca y vital que pareciera —la frase es de Borges aplicada a la obra de Wilde— que se «acabaran de escribir esta misma mañana». Repasando el índice de su quinteto, los títulos de sus crónicas despiertan la curiosidad del lec-

tor, la estimulan con atmósferas de frenesí y desasosiego, lo seducen con puertas entreabiertas a iniciaciones y misterios: «La resurrección de las hadas», «La pasión de los monstruos», «La psicología del valor y del miedo», «El dandismo de Balzac», «Las sibilas del bulevar», «Del parecido en los retratos», «El arte de trabajar la prosa», «Una visita al Papa», «El alma lamentable de Verlaine», «En Roma, con D'Annunzio» o «Hablando con los que salen del Infierno».

La muestra de tales anzuelos bien pudiera convertirse en la punta del famoso iceberg de una futura antología de las crónicas de Gómez Carrillo. En España, con motivo del centenario del inicio de la primera guerra mundial, en 1914, se lanzaron al mercado dos colecciones de sus reportajes en las trincheras de púas y lodo, así como en los cuarteles de los generales de los ejércitos combatientes: *Pequeñas historias de la Gran Guerra* (Libros de la Ballena, 2011) y *Campos de batalla y campos en ruinas* (Ediciones del Viento, 2014). Aunque bromeaba al final de sus días con su paisano Arqueles Vela sobre un inesperado y postrer viaje al país natal —a imagen y semejanza del emprendido por Rubén Darío— con «el propósito de cosechar insultos», cabe señalar que solamente en Guatemala se ha mantenido el interés por conservar y divulgar su legado. Allá, en universidades e institutos de cultura, se han reeditado sus títulos más emblemáticos y vigentes por su valor literario; asimismo, impulsados por la admiración y la simpatía del excéntrico escritor, se han publicado epistolarios, biografías y tesis académicas; entre los estudios biográficos se destaca el trabajo, *Enrique Gómez Carrillo, el cronista errante* (1956, 2007), del nicaragüense Edelberto Torres Espinoza, también autor de una valiosa monografía sobre Darío.

Pero regresando al juicio sumario de Luis Cardoza y Aragón, Gómez Carrillo «¿está inmortalmente olvidado?». El hecho de que más de dos terceras partes de su escritura las dedicara a géneros «menores», «bastardos» y «utilitarios» de la literatura pareciera que pesa en su contra; Julián del

Casal y Manuel Gutiérrez Nájera también vaciaron buenas dosis de su inspiración y energía en las prensas de los diarios, como lo hicieron Rubén Darío y Amado Nervo; pero claro, se excusa a la cuarteta de modernistas bajo el siguiente argumento: ejercieron el periodismo como *modus vivendi* pero fueron, *sobre todo*, poetas. Asimismo, a este reduccionismo se suma la lectura parcial de considerar el modernismo hispanoamericano como un movimiento eminentemente poético, confirmando a los prosistas un rol secundario y tangencial; en una revisión a profundidad de la tendencia o escuela literaria en cuestión, o de las generaciones llamadas «modernistas», se destacará que la prosa de sus exponentes originó la primera renovación de la lengua castellana, precisamente en la crónica ondulante, multicolor y bulliciosa de Gutiérrez Nájera y Martí; de esta matriz fundacional, aunque también de otras fuentes, los nuevos poetas y prosistas de la América española encontraron un terreno más fértil para sus discursos emancipadores de la pesadez y tiesura de la lengua escrita por la mayoría de los escritores en España en las últimas tres décadas del siglo XIX.

Con toda una biblioteca gala a rebosar, de Villon a Cocteau, de Molière a Apollinaire, también E. Gómez Carrillo surge y se renueva a partir de ese tronco hispanoamericano. En una reseña de Alfonso Reyes para la *Revista de Filología Española* de Madrid —tomo II, núm. 4, 1915—, escrita en años difíciles, cuando el ateneísta tuvo que vivir de su pluma por más de cinco años, entre 1914 y 1920, rompe una lanza a favor del trabajo periodístico del guatemalteco; aunque podría burlarse en su correspondencia con Henríquez Ureña de que el autor de *La Grecia eterna* «se equivoca siempre al citar nombres extranjeros», escribe, tal vez, por fraternidad gremial pero ¿por qué dudar?, también por total convicción, estas líneas:

Su crónica de bulevares ha hecho escuela. Su concepción de París tuvo su época, y despertó en América una corriente de benéfica curiosidad. La literatura de Gómez Carrillo en este libro, como en los demás, es siempre periodística; pero el declararlo así no implica una censura, sino más bien una definición de carácter. Hoy por hoy la literatura periodística responde a una necesidad demasiado evidente para que tengamos derecho a discutir su eficacia. Otro representativo —y de primera calidad— «Azorín» ¿no ha dicho, hace un año, que preferiría la labor periodística a la otra?

El libro comentado por el mexicano es *El modernismo* (1914), donde Gómez Carrillo realiza una exposición sobre la literatura francesa de la segunda mitad del siglo XIX, corrientes y tendencias posteriores al movimiento romántico. Dado que algunos libros de Reyes se formaron en el sedimento de sus colaboraciones en diarios y revistas, su empatía con los géneros periodísticos no dio lugar a dudas o menosprecio de su parte sobre el reto literario que implica realizar una buena entrevista, reseña, reportaje o crónica. Con tales simpatías y reconocimientos, sorprende que un mal día —como pasó con los dinosaurios o el dodo—, la obra de E. Gómez Carrillo desapareció de los estantes de las librerías. En el largo y documentado prólogo a la *Antología de crónica latinoamericana actual* (2012) de Darío Jaramillo Agudelo no aparece su nombre a la hora del recuento de los cronistas estelares del modernismo. Sin embargo, una figura central de la crónica escrita en español, Carlos Monsiváis, ponderaba el trabajo del bohemio escritor al grado de afirmar:

Quizá el cronista por antonomasia del movimiento sea el guatemalteco Enrique Gómez Carrillo. Conoce a todos los importantes y a todos los trata muy de cerca [...] Y viaja por Europa y conoce y se deleita con la vida social y literaria de la que extrae crónicas que leen con entusiasmo los sedentarios.

El catálogo de la biblioteca de Monsiváis, en la Ciudad de los Libros de la Biblioteca de México José Vasconcelos, confirma la admiración y el conocimiento del autor de *Amor perdido* por su trabajo; en dichos estantes, el lector curioso puede localizar primeras ediciones de Gómez Carrillo, así como una selecta bibliografía de estudios sobre su obra y trayectoria vital. ¿Qué aires de la crónica del singular modernista permearon la estética y el estilo del periodista mexicano? Un tema pendiente y atractivo. ¿Con qué actitud leería Salvador Novo las obras de E. Gómez Carrillo, con quien comparte afinidades literarias y morales? Otro asunto igualmente seductor. Aunque nacido en el país vecino, parece que nunca tuvo intenciones de viajar a México, o incluso de colaborar en algún medio periodístico. Probablemente la presente edición de *La Rusia actual* sea su debut literario en el medio mexicano; dado que se conoce menos al escritor que al personaje —este último, exagerado en el salón de los espejos del mito—, conviene trazar ciertas coordenadas para comprender mejor la relevancia de un reportaje como el realizado por el centroamericano en el año de 1905 en la nación de los zares, al tiempo que se ubican sus tentativas literarias y periodísticas de ese momento.

Cuando a comienzos de febrero arriba a la estación fronteriza de Wirballen, en compañía de Alfredo Valenti, director del diario madrileño *El Liberal*, el guatemalteco es un hombre de 32 años cumplidos. La etapa de la bohemia parisina ha quedado atrás con la muerte de Verlaine en 1896 y la de Wilde en 1900; además, la credencial de escritor decadente ha perdido lustre y, en ciertos ámbitos progresistas, llama a la burla y al denuesto. Con premeditado cálculo, Gómez Carrillo anticipó tales declives y movió con maestría sus piezas en el ajedrez político y social de su tiempo. Aunque su padrino Juan Valera lo ve como la oveja negra, cosmopolita y disoluta del rebaño, su nombre y fama poseen en España un peso específico para replantear el perio-

dismo de la época. Con tal expectativa, *El Liberal* le solicita un reportaje sobre un tema de actualidad europea: la situación de Rusia en un momento doblemente crítico. Por un lado, el poderoso Imperio eslavo está a punto de perder la guerra contra Japón y, tras la masacre obrera en el Domingo Rojo del 9 de enero en San Petersburgo, en diferentes enclaves de la inmensa nación han estallado huelgas y motines militares que darán lugar a la revolución de 1905.

A ese avispero político y social llega E. Gómez Carrillo, entre agentes de la policía secreta que desarticulan, todos los días, atentados contra el zar Nicolás II y terroristas que preparan, todas las noches, la bomba que acabará con la vida del emperador. Llega a la capital entre reporteros de Europa que solicitan infructuosamente viajar a la zona de guerra, en el extremo oriente del Imperio, en la última escala del Transiberiano: el puerto de Vladivostok. El País del Sol Naciente hunde a destajo la flota rusa, lo que provoca sorpresa y desazón en el Palacio de Invierno y curiosidad malsana entre los gobiernos de los países de Europa. Desde la ventanilla del vagón de primera clase, el periodista escribe párrafos sobre el paisaje nevado de la ciudad fundada por Pedro el Grande, y se demora, también, en la taxonomía de la belleza femenina que viaja en el Nord-express, donde las parisinas ocupan el primerísimo lugar de sus predilecciones:

Sus trajes, sus cuerpos, sus elegancias, sus malicias, sus coqueterías, todo lo que constituye el encanto de la muñeca moderna está en ellas y en ellas vibra. ¡Y cómo ríen! ¡Y con cuántos mimos, con cuantísimo estudio miran! Al lado de ellas, las alemanas parecen de madera; de una madera muy bien torneada, muy barnizada, muy fresca, pero madera al fin.

[...] Pero en cambio, sus hermanas las austríacas rivalizan con las más seductoras, uniendo la frescura germánica al arte francés [...] Y hay, dominándolo todo, una *miss*.